

bondad y paz habituales— en la casa del Cielo, que todos anhelamos. De la fe surge nuestra serenidad sobrenatural: no queremos ni podemos cancelar el dolor, pero lo vivimos con serenidad, convencidos de que Dios ha dispuesto lo mejor para tan fiel servidor de su Iglesia.

Es también el momento de rezar por el próximo Papa, al que los católicos ofrecemos ya desde ahora todo nuestro afecto filial. Pido a Dios que le conceda su gracia y su ayuda, para una tarea de tanta responsabilidad.

Personalmente, acudo con confianza a la protección de Juan Pablo II, siervo bueno y fiel del Señor, y le pido también que interceda ante Dios por su sucesor.

ABC (Madrid) 5-IV-2005

En la casa del Padre

Juan Pablo II nos ha hablado de muchas maneras. Con encíclicas, homilías, discursos, cartas y libros. De palabra, por escrito, con imágenes. Ha empleado también el lenguaje de los símbolos, con gestos elocuentes, cargados de sentido. Todas esas acciones brotaban del fondo de un alma íntimamente unida a Jesucristo y por eso llevaban consigo la fuerza comunicativa de la Palabra de Dios.

Estos pensamientos venían a mi cabeza con vigor repetitivo en la noche del sábado 2 de abril. Me parecía que toda la jornada era un sucederse de signos de penetrante elocuencia. Por la mañana nos llegaron las palabras en-

trecortadas que dirigía a los jóvenes, su último mensaje: "Os he buscado, ahora venís junto a mí y os doy las gracias". Como se dijo en algunos de los programas de televisión en Italia, el 2 de abril ha sido una improvisada e imprevista "jornada mundial de la juventud". Ya por la noche, 100.000 personas rezaban a la Virgen por el Papa, mientras expiraba. La Virgen acogía benévola-mente la oración de los hijos por su padre. "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte". Parece que Juan Pablo II falleció al terminar las oraciones de la Plaza, y que el "Amén" fue su palabra de adiós. Antes, a las ocho, Mons. Stanislaw Dziwisz celebró la Santa Misa del Domingo de la Misericordia. ¿Hay alguna palabra más consoladora que podamos pronunciar junto al lecho de muerte de una persona amada? La Misericordia de Dios Padre, que siempre te ha acompañado, te espera en el Cielo, morada definitiva del Amor.

Ante mis ojos, la jornada del 2 de abril aparecía densa de simbolismo, coincidencias imposibles de prever, imposibles de organizar. Sólo la Providencia de Dios, rico en misericordia, puede reunir la oración de miles de hijos por su padre, ante la Virgen María, en vísperas de la fiesta universal de la Misericordia.

Todas esas circunstancias nos interpelan, no sólo con el lenguaje de las palabras, tampoco con la expresividad de las emociones, sino con la belleza de los símbolos, que imprimen una huella indeleble en el alma.

La liturgia que se celebrará en las exequias de Juan Pablo II trae a nuestro

labios una hermosa oración, en el prefacio de la misa de difuntos, que nos confirma en “la esperanza de nuestra feliz resurrección”. ¡Con qué claridad siente ahora la Iglesia que, “aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad”! ¡Qué natural nos resulta imaginarnos al Papa en la presencia de la Trinidad Santísima, vivo ya para siempre, porque sabemos que “la vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo”!

Juan Pablo II se ha caracterizado por sus muchas cualidades y facetas, y no faltarán en estas horas quienes enaltezcan su papel en la historia de la Iglesia y de la humanidad, sus virtudes humanas y sobrenaturales, sus talentos. Para mí —como para innumerables hombres y mujeres en todo el mundo—, el Papa ha sido, antes que nada, un padre. En su persona hemos experimentado de modo muy intenso que la Iglesia está unida por los lazos de comunión propios de una familia; que el Papa es un padre para los católicos de los más diversos países, que es principio y fundamento de unidad en la Iglesia, fuente de fraternidad entre todos los hombres, promotor de la paz.

Me atrevería a decir que Juan Pablo II ha representado de modo excelso el papel principal de su vida, el papel de padre, la función de vicario de Cristo. Imagen, con toda su personalidad; y símbolo vivo entre nosotros. Ojalá sepamos entender y secundar todo lo que Dios nos pide, de modo tan claro y cercano, y acertemos a hacer de la Iglesia, como Juan Pablo II nos ha reclamado, “casa y escuela de la comunión”.

Se acumulan hoy los motivos de agradecimiento. A Dios por el don de este Papa. A Juan Pablo II por su fidelidad fuerte y dulce; a tantas personas —einentes o desconocidas— que han sido sus colaboradores en estos casi veintisiete años; especialmente a quienes le han cuidado con amor filial hasta el último momento: a Mons. Dziwisz —don Estanislao—, fiel asistente de toda una vida; a esas religiosas cuyos nombres no aparecen en los periódicos; a Polonia, que ha regalado a la Iglesia este hijo ilustre; a los médicos; a los periodistas que nos están contando, con emoción compartida, estos momentos difíciles y únicos... No hay espacio aquí para una lista, pero es de justicia expresar al menos de modo genérico la gratitud de los hijos de la Iglesia hacia aquellas personas que han estado siempre cerca y han servido fielmente a este siervo bueno y leal que el Señor ha recibido con un abrazo en el Cielo.

Juan Pablo II ha repetido con frecuencia, también cuando le pedían que no se gastara tanto físicamente, estas palabras: “después de un Papa viene otro”. Pienso que esa expresión manifestaba su conciencia de estar de paso en este mundo, como todos, pero también su certeza de no haber sido puesto por el Espíritu Santo en la sede de Pedro para ser aclamado como hombre, sino para esforzarse en que los hombres aclamen a Dios.

En estos días los católicos rezamos ya por el próximo Papa, sea quien sea. Ya le queremos con toda el alma, aun antes de conocerlo. Y rogamos a nuestro queridísimo Juan Pablo II que interceda ante Dios por su sucesor. Me vienen a la memoria unas palabras

de san Josemaría Escrivá de Balaguer: "Para tantos momentos de la historia, me parecía una consideración muy acertada aquella que me escribías sobre la lealtad: llevo todo el día en el corazón, en la cabeza y en los labios una jaculatoria: ¡Roma!". Un nombre de ciudad, una oración, un lazo de unión para todos los católicos, para todos los hombres de buena voluntad.

Roma 19-IV-2005

*Con motivo de la elección de
Benedicto XVI*

Es un momento de grandísima alegría para toda la Iglesia. Los católicos de todo el mundo agradecen a Dios este don de un nuevo Papa, Benedicto XVI: al Sucesor de Pedro vuelven a dirigir su mirada de hijos, en él encuentran luz y serenidad. En mi nombre, y seguro de expresar los sentimientos de los hombres y mujeres que componen la Prelatura del Opus Dei, aseguro a Benedicto XVI plena adhesión a su persona y a sus enseñanzas: profunda comunión. El nuevo Papa conoce bien la misión de la Prelatura y sabe que puede contar con el empeño alegre de los sacerdotes y de los laicos que la integran para servir a la Iglesia, que era la única ambición de san Josemaría Escrivá de Balaguer.

Junto a la adhesión, deseo transmitirle también mi profundo afecto filial, que se une a la oración y al cariño de todos los fieles del Opus Dei. En estos días de espera confiada, se ha hablado mucho acerca de la elevada responsabilidad del Romano Pontífice, de la necesidad que la Iglesia tiene

de su ministerio, del peso de la tarea que reposa sobre sus hombros. Todo eso es cierto, pero estamos comprobando también en estas horas que el Papa, además de con la ayuda de Dios, cuenta con la oración y el afecto de todos los católicos y de muchísimas otras personas de buena voluntad.

Las circunstancias que han rodeado el fallecimiento de Juan Pablo II y la elección de Benedicto XVI han sido una manifestación imponente de fe por parte de millones de personas y una impresionante expresión de unidad: en la tristeza primero, por la ausencia del queridísimo Juan Pablo II, y en la alegría después por el don de un nuevo Papa. ¡Que Juan Pablo II proteja a su sucesor en este tiempo de nueva primavera! Pienso, además, es obvio decirlo, en la maravillosa continuidad de la Iglesia, que ha quedado bien de manifiesto con el júbilo del Pueblo de Dios ante la elección del nuevo Sucesor de Pedro.

La Gaceta de los Negocios (Madrid) 7-V-2005

Fe y unidad

La tarde del pasado 19 de abril, cuando la *fumata bianca* anunció que ya había sido elegido el nuevo Papa, la gente —que abarrotaba la plaza de San Pedro— prorrumpió en un incontenible aplauso y consta que otro tanto sucedió en tantísimas otras ciudades y países. Nadie sabía quién era. Las corales manifestaciones de júbilo no eran para esta o aquella persona. Eran ya para el Sucesor de